

**“LA DICHA DEL PERDÓN”
(SALMO 32:1-5)**

(Domingo 08 de diciembre de 2013)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)

(No. 526)



***“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado”
(Salmo 32:1)***

Hay muchos motivos en este mundo para sentirse felices.



Por ejemplo, quién está verdaderamente enamorado se siente el ser más feliz del mundo. Quizá el que termina su carrera no puede sentirse más dichoso. Tal vez, los que están de bodas nos digan nosotros somos los más gozosos. Pero, posiblemente los que son padres y más si es por primera vez argumenten que no hay regocijo más grande.

Sí. Nosotros podemos mirar hacia atrás en nuestra vida y ciertamente encontraremos muchos momentos en los cuales nos hemos sentido verdaderamente felices.

Pero, quiero decirle hoy que usted puede experimentar una felicidad todavía superior. La Biblia enseña esto. Se llama la dicha del perdón. Es decir, el hecho maravilloso de ser realmente perdonado por Dios de todos sus pecados.

La verdad es que la más grande felicidad es la que siente el alma al recibir el perdón de Dios.

Hoy, le quiero invitar a buscar y experimentar esa felicidad excepcional. Es una felicidad que solo Dios puede traer a su corazón.

Veamos a la luz de nuestro pasaje lo que necesitamos hacer para hacer nuestro tan grande gozo y experimentar la dicha del perdón.

1. Para obtener la dicha del perdón necesitamos reconocer la gravedad de nuestro pecado.

Por favor, observe lo que dicen los dos primeros versículos del pasaje: ***“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, Y en cuyo espíritu no hay engaño” (Salmo 32:1-2).***

Quiero decir primeramente que el pecado es una experiencia universal. Que la Biblia enseña que todos somos pecadores. Que ninguno hay exento de pecar, por esto, todos debemos buscar el perdón de Dios, porque solo así seremos verdaderamente felices y tendremos paz con ÉL y paz en nuestro corazón.

Quiero hacer énfasis en tres palabras que el rey David utiliza en estos dos primeros versículos y que tienen que ver con nuestra naturaleza pecaminosa: **“Transgresión, pecado e iniquidad”**
Es necesario que cada uno de nosotros reconozca su culpabilidad en estas tres cosas.

Por transgresión debemos entender que hemos equivocado el camino. Transgresión es hacer lo contrario a lo establecido por Dios en su santa ley. Es ser rebelde a lo que sabemos es la voluntad del Señor. Y esto se hace cuando permitimos que Satanás llene nuestro corazón y oímos su voz y no la del Espíritu Santo. Debemos reconocer nuestra culpabilidad por nuestro pecado. Es decir, por haber cedido a las pasiones carnales y haber escogido lo que desagrada a Dios. Y asimismo debemos reconocer nuestra culpabilidad por nuestra iniquidad, es decir, por esa inclinación al mal que hay en nuestro corazón.

No hay cosa más terrible que el pecado. Es un ladrón que roba el gozo. Es un poderoso ciclón que derriba las estructuras de la vida y las reduce a ruinas. Es un abismo profundo que nos separa del Padre Celestial. Es un cáncer horrible que produce la muerte espiritual.

Por la transgresión y el pecado, el cristiano puede caer de su sitio de honor delante del Padre Celestial. Tiene mucha razón el apóstol Pedro cuando dice que Judas cayó de su lugar tan privilegiado y ministerio tan santo por transgresión: **“Para que tome la parte de este ministerio y apostolado, de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar” (Hechos 1:25).**



David, quien escribió este salmo, reconoció su maldad. Él había cometido adulterio con una mujer casada y por si eso fuera poco, para que el marido no se diera cuenta, lo mandó matar. Era culpable de adulterio y homicidio, de gran transgresión, de enorme pecado y de cruel iniquidad; pero él lo reconoció, se dio cuenta de lo grave de su pecado y ese fue el primer paso para ser perdonado.

Quizá usted diga: “Pero yo no soy un adúltero, mucho menos un asesino”; pero déjeme decirle que no hay pecado pequeño. Delante de Dios cualquier pecado, aunque a nuestros ojos parezca insignificante, es de terribles resultados.



Todo pecado acarrea graves consecuencias y lo más importante: Nos separa de Dios, rompe cualquier relación que se tenga con ÉL. Tiene razón el apóstol Pablo cuando escribe: **“Porque la paga del pecado es muerte...” (Romanos 6:23).**

Usted debe reconocer si ha equivocado el camino y debe arrepentirse. La Biblia dice que Cristo murió para el perdón de nuestras transgresiones. Dice el apóstol Pablo: **“... a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25).**

Usted sabe si ha infringido la ley de Dios, si ha hecho injusticia delante de sus ojos. Debe reconocer lo grave que es el pecado en su vida y arrepentirse. El rey David lo hizo.

La pregunta obligada aquí es: ¿Lo hará usted también?

2. Para obtener la dicha del perdón necesitamos apreciar la grandeza de la Gracia de Dios.

Volvamos a leer los dos primeros versículos: **“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, Y en cuyo espíritu no hay engaño” (Salmo 32:1-2).**

Le invito a considerar tres cosas que Dios hace por su infinita gracia cuando nos arrepentimos de nuestros pecados: **“Perdona, cubre y no culpa”.**

Dios ofrece el perdón. El pecado es una carga muy pesada y el Señor quiere librarnos de ella. ÉL mismo se ofrece a llevar nuestras cargas. ÉL le hace a usted una de las más preciosas invitaciones que leemos en toda la Biblia: **“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).**



Perdonar es olvidar completamente todos los pecados. Así lo promete el Señor: **“Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Hebreos 10:17).**

Nuestro Dios se compromete a quitar y llevar muy lejos nuestros pecados. Como bien lo dicen los profetas: **“¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia. ÉL volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Miqueas 7:18-19).** El Señor ofrece cubrir todos nuestros pecados y sus consecuencias vergonzosas.

Y una vez perdonados y limpios, el Señor no nos inculpará de iniquidad. Esa culpa pendiente el Señor promete borrarla. Cuán hermosas son las palabras de Dios a través del profeta Isaías: **“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).** Un pasaje todavía más claro es el escrito por el apóstol Pablo: **“Anulando el acta de decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz” (Colosenses 2:14).**

Sí. Lo que Dios ofrece es verdaderamente grande. Es digno de tomarse en cuenta. Dios nos ofrece la dicha del perdón.

David dice aquí que es **“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado”** Y como todos sabemos, bienaventurado significa gozoso, dichoso, inmensamente feliz. David supo valorar esta inmensa e infinita gracia de Dios, la aceptó y obtuvo la dicha del perdón. La pregunta ahora es: ¿La recibirá usted también?

3. Para obtener la dicha del perdón debemos cumplir lo que Dios exige.

“Mientras callé, se envejecieron mis huesos En mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; Se volvió mi verdor en sequedades de verano. Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; Y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (Salmo 32:3-5)

Hay tres cosas que Dios demanda para otorgar la dicha del perdón: Sinceridad, confesión y confianza.

Dios espera que usted sea sincero, honesto, veraz. A esto se refiere cuando dice: **“... y en cuyo espíritu no hay engaño” (32:2b)**. Si vamos a tratar con un Dios de verdad, hay que empezar siendo veraces.



Dios quiere que nosotros reconozcamos nuestros pecados y humildes le confesemos a ÉL todas nuestras iniquidades. Nuestra confesión debe tener por lo menos cuatro cualidades: (1) Directa. (2) Inmediata. (3) Honesta y (4) Sincera.

Directa se refiere a que sea a Dios solamente. En los tiempos de David había muchos sacerdotes judíos, pero él no acudió a ninguno de ellos, sino directamente confesó su pecado al Señor.

Es interesante notar que al pretender ocultar su pecado lo único que consiguió fue una enfermedad. Este pasaje nos enseña que hasta los huesos son afectados cuando el pecado no es confesado a Dios. El versículo cinco nos habla que la confesión debe ser directamente con Dios.

Y hay hermosísimas promesas para el que confiesa sus pecados a Dios: **“Si confesamos nuestros pecados, ÉL es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9)**.

Pero además de confesar con sinceridad, necesitamos confiar en Dios. David había cometido adulterio y por ello, según la ley merecía ser apedreado y quemado. También había cometido asesinato y por ello merecía que le quitaran la vida, porque la ley decía: **“Mas si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida” (Éxodo 21:23)**. Así que David no tenía escapatoria. Su única Esperanza estaba en Dios. Tenía que confiar en ÉL completamente y en la inmensidad de su benevolencia. Dependía solo de la grandeza de la misericordia del Dios Bondadoso.

De la misma manera, cada uno de nosotros debe confiar en la provisión que nuestro Dios ha hecho para el perdón de nuestros pecados. Esta provisión es Cristo Jesús. ÉL ya llevó todos nuestros pecados. La Biblia dice: **“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; más Jehová cargó en ÉL el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6)**.

ÉL nos invita ahora a recibir la dicha del perdón. ¿La aceptará usted? ¿Recibirá la más grande dicha que hombre alguno puede recibir? ¡Que no pase este día sin que usted acepte a Cristo como su Único y Suficiente Salvador personal!



Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL:

“DIOS NOS AMA MÁS QUE TODOS”

¿Quién será la persona más amante? Quizá alguien diga que una madre es la persona que más ama en este mundo. He aquí un ejemplo: Durante el terremoto del 11 de marzo de 2011 en Japón, una cuadrilla de rescate alcanzó a ver a una mujer muerta y les llamó mucho la atención la posición en que quedó su cuerpo: Estaba de rodillas, con su rostro hasta el piso, como en actitud de adoración. El peso de la casa al caer le había destrozado la espalda y el cuello. Alguien metió sus brazos por debajo de su cuerpo y luego gritó: ¡Un niño! ¡Aquí hay un niño! Movieron el cuerpo y justo debajo y en una manta estampada de flores estaba un bebé de tres meses vivo. Al abrir la frazada encontraron un teléfono celular con un mensaje de texto en la pantalla que decía: -“Si logras sobrevivir, tienes que recordar que te amo”. Uno a uno los rescatistas leyeron el mensaje y no pudieron más que llorar. Esta es una conmovedora historia de amor de madre, pero el amor de Dios es todavía superior a cualquier otro amor. ¡Dios le ama!

***“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”
(Juan 3:16)***